

IAN McEWAN

---

*Chesil Beach*



Tienen poco más de veinte años, y se conocieron en una manifestación en contra de las armas nucleares. Florence es una chica de clase media alta, su padre es un exitoso hombre de negocios y su madre una activa profesora universitaria. Edward, en cambio, pertenece a una familia que apenas se sostiene en la zona baja de la clase media; su padre es maestro y su madre, tras un insólito accidente, vive desde hace años en una nebulosa. Florence es violinista, y Edward ha estudiado historia. Y ambos son inocentes, y vírgenes, y se aman. Es un día de julio de 1962, un año antes de que, según Philip Larkin, en Inglaterra se empezara a follar, cuando *El amante de Lady Chatterley* aún estaba prohibido, no había aparecido el primer LP de los Beatles, y el tsunami de la revolución sexual no había llegado a esas costas. Edward y Florence se han casado y van a pasar su noche de bodas en un hotel junto a Chesil Beach, y lo que sucede esa noche entre estos dos inocentes, en unos años donde hablar sobre problemas sexuales era imposible, es la materia con que McEwan construye su chejoviano, delicadísimo, terrible mapa de una relación, del amor, del sexo, y también de una época, y de sus discursos y sus silencios.

A Annalena

# 1

Eran jóvenes, instruidos y vírgenes aquella noche, la de su boda, y vivían en un tiempo en que la conversación sobre dificultades sexuales era claramente imposible. Pero nunca es fácil. Acababan de sentarse a cenar en una sala diminuta en el primer piso de una posada georgiana. En la habitación contigua, visible a través de la puerta abierta, había una cama de cuatro columnas, bastante estrecha, cuyo cobertor era de un blanco inmaculado y de una tersura asombrosa, como alisado por una mano no humana. Edward no mencionó que nunca había estado en un hotel mientras que Florence, después de muchos viajes de niña con su padre, era ya una veterana. Superficialmente estaban muy animados. Su boda, en St. Mary, Oxford, había salido bien; la ceremonia fue decorosa, la recepción alegre, estentórea y reconfortante la despedida de los amigos del colegio y la facultad. Los padres de ella no se habían mostrado condescendientes con los de él, como habían temido, y la madre de Edward no se había comportado llamativamente mal ni había olvidado por completo el objeto de la reunión. La pareja había partido en un pequeño automóvil que pertenecía a la madre de Florence y llegó al atardecer al hotel en la costa de Dorset, con un clima que no era perfecto para mediados de julio ni para las circunstancias, aunque sí plenamente apropiado; no llovía, pero tampoco hacía suficiente calor, según Florence, para cenar fuera, en la terraza, como habían previsto. Edward pensaba que sí hacía calor, pero, cortés en extremo, ni se le ocurrió contradecirla en una noche semejante.

Estaban, por tanto, cenando en sus habitaciones delante de las puertaventanas entornadas que daban a un balcón y una vista de un trozo del Canal de la Mancha, y a Chesil Beach con sus guijarros infinitos. Dos jóvenes con esmoquin les servían de un carrito estacionado fuera, en el pasillo, y sus idas y venidas por lo que, en general, se conocía como la suite de la luna de miel hacían crujir cómicamente en el silencio los suelos de roble encerados. Orgulloso y protector, el joven acechaba atentamente cualquier gesto o expresión que pudiera parecer satírica. No habría tolerado unas risitas. Pero aquellos mozos de un pueblo cercano trajinaban con la espalda encorvada y la cara impasible, y sus modales eran vacilantes, las manos les temblaban al depositar objetos en el mantel de lino almidonado. También estaban nerviosos.

No era aquél un buen momento en la historia de la cocina inglesa, pero a nadie le importaba mucho entonces, salvo a los visitantes extranjeros. La comida formal comenzaba, como tantas en aquella época, con una rodaja de melón decorada con una sola cereza glaseada. En el pasillo, en fuentes de plata sobre un calentaplatos con velas, aguardaban lonchas de buey asado hacía horas en una salsa espesa, verdura demasiado cocida y patatas azuladas. El vino era francés, aunque no se mencionaba ninguna región concreta en la etiqueta, embellecida por una golondrina solitaria en veloz vuelo. A Edward no se le habría pasado por la cabeza pedir un tinto.

Ansiosos de que los camareros se marcharan, él y Florence se volvieron en sus sillas para contemplar un vasto césped musgoso y, más allá, una maraña de arbustos florecientes y árboles adheridos a un talud empinado descendiendo hasta un camino que llevaba a la playa. Veían los comienzos de un sendero al final de unos escalones embarrados, un camino orillado por hierbas de un tamaño desmedido: parecían coles y ruibarbo gigantescos, con tallos hinchados que medían más de un metro ochenta y se incli-

naban bajo el peso de hojas oscuras y de gruesas venas. La vegetación del jardín se alzaba con una exuberancia sensual y tropical, un efecto realzado por la luz tenue y grisácea y una bruma delicada que provenía del mar, cuyo regular movimiento de avance y retirada producía sonidos de débil estruendo y después el súbito silbido contra los guijarros. Tenían pensado ponerse un calzado resistente después de la cena y recorrer los guijarros entre el mar y la laguna conocida con el nombre de Fleet, y si no habían terminado el vino se lo llevarían para beber de la botella a tragos, como vagabundos.

Y tenían muchos planes, planes alocados, que se amontonaban en el futuro nebuloso, tan intrincadamente enredados y tan hermosos como la flora estival de la costa de Dorset. Dónde y cómo vivirían, quiénes serían sus amigos íntimos, el trabajo de Edward en la empresa del padre de Florence, la carrera musical de Florence y lo que haría con el dinero que le había dado su padre, y lo distintos que serían de otras personas, al menos interiormente. Era todavía la época —concluiría más adelante, en aquel famoso decenio— en que ser joven era un obstáculo social, un signo de insignificancia, un estado algo vergonzoso cuya curación iniciaba el matrimonio. Casi desconocidos, se hallaban extrañamente juntos en una nueva cumbre de la existencia, jubilosos de que su nueva situación prometiera liberarles de la juventud interminable: ¡Edward y Florence, libres por fin! Uno de sus temas de conversación favoritos eran sus respectivas infancias, no tanto sus placeres como la niebla de cómicos malentendidos de la que habían emergido, y los diversos errores parentales y prácticas anticuadas que ahora podían perdonar.

Desde aquella nueva atalaya veían claramente, pero no podían describirse el uno al otro ciertos sentimientos contradictorios: a los dos, por separado, les preocupaba el momento, algún momento después de la cena, en que su nueva madurez sería puesta a prueba, en que yacerían jun-

tos en la cama de cuatro columnas y se revelarían plenamente al otro. Durante más de un año, Edward había estado fascinado por la perspectiva de que, la noche de una fecha determinada de julio, la parte más sensible de sí mismo ocuparía, aunque fuese brevemente, una cavidad natural formada dentro de aquella mujer alegre, bonita y extraordinariamente inteligente. Le inquietaba el modo de realizarlo sin absurdidad ni decepción. Su inquietud específica, fundada en una experiencia infortunada, era la de sobreexcitarse, algo que había oído denominar a alguien «llegar demasiado pronto». La cuestión estaba siempre en su pensamiento, pero si bien el miedo al fracaso era grande, mayor era su ansia de éxtasis, de consumación.

A Florence le preocupaba algo más serio, y hubo momentos durante el viaje desde Oxford en que creyó que estaba a punto de reunir el valor de sincerarse. Pero lo que la angustiaba era inexpresable, y apenas era capaz de formularlo ella misma. Mientras que él sufría simplemente los nervios convencionales de la primera noche, ella experimentaba un temor visceral, una repulsión invencible y tan tangible como un mareo. La mayor parte del tiempo, a lo largo de todos los meses de alegres preparativos de boda, logró hacer caso omiso de aquella mancha sobre su felicidad, pero cada vez que sus pensamientos se centraban en un estrecho abrazo —era la expresión que prefería—, el estómago se le contraía secamente y sentía náuseas en el fondo de la garganta. En un manual moderno y progresista que en teoría era útil para novios jóvenes, con sus signos de admiración risueños y sus ilustraciones numeradas, tropezó con algunas expresiones y frases que casi le dieron arcadas: *membrana mucosa*, y la siniestra y reluciente *glande*. Otras frases ofendían su inteligencia, sobre todo las referentes a entradas: *No mucho antes de penetrarla... o, ahora por fin la penetra y, felizmente, poco después de haberla penetrado...* ¿Se vería obligada la noche de boda a transformarse para Edward en una especie de portal o sala a tra-



vés del cual pudiese él actuar? Casi con igual frecuencia había una palabra que sólo le sugería dolor, carne abierta por un cuchillo: «penetración».

En instantes de optimismo trataba de convencerse de que sólo sufría una forma agudizada de aprensión que acabaría pasando. Sin duda, pensar en los testículos de Edward, colgando debajo de su pene *tumefacto* —otro vocablo horrible—, tenía por efecto que ella frunciera el labio superior, y la idea de que alguien la tocara «ahí abajo», aunque fuera alguien querido, era tan repugnante como, pongamos, una intervención quirúrgica en un ojo. Pero su aprensión no se extendía a los bebés. Le gustaban; algunas veces había cuidado a sus primos pequeños y había disfrutado. Pensaba que le encantaría que Edward la dejase embarazada y, al menos en abstracto, no le asustaba el parto. Ojalá pudiera, como la madre de Jesucristo, llegar por arte de magia a aquel estado de hinchazón.

Florence sospechaba que había en ella alguna anomalía profunda, que ella siempre había sido distinta y que al fin estaba a punto de ser descubierta. Creía que su problema era más grande, más hondo que el mero asco físico; todo su ser se rebelaba contra una perspectiva de enredo y carne; estaban a punto de violar su compostura y su felicidad esencial. Lisa y llanamente, no quería que la «entraran» ni «penetraran». El sexo con Edward no sería el apogeo del placer, pero era el precio que había que pagar.

Sabía que debería haber hablado mucho antes, en cuanto él se le declaró, mucho antes de la visita al párroco sincero y de voz suave y de las comidas con sus respectivos padres, antes de invitar a los invitados de la boda, de confeccionar y entregar en unos grandes almacenes la lista de regalos, de contratar la carpa y a un fotógrafo y de todos los demás trámites irreversibles. Pero ¿qué podría haber dicho ella, qué términos podría haber empleado cuando ni siquiera sabía exponerse la cuestión a sí misma? Y ella amaba a Edward, no con la pasión caliente y húmeda sobre la

que había leído, sino cálida, profundamente, a veces como una hija y a veces casi maternalmente. Amaba acurrucarle y que él le rodeara los hombros con su brazo enorme, y que la besara, aunque le asqueaba que Edward le metiera la lengua en la boca, y sin decir palabra lo había dejado claro. Pensaba que era un joven original, distinto a todas las personas que ella había conocido. Siempre llevaba un libro en rústica, por lo general de historia, en el bolsillo de la chaqueta, por si acaso se encontraba en una cola o en una sala de espera. Marcaba lo que leía con un lápiz. Era prácticamente el único hombre que Florence había conocido que no fumaba. Sus calcetines nunca emparejaban. Sólo tenía una corbata, estrecha, de punto, azul oscuro, que llevaba casi a todas horas con una camisa blanca. Ella adoraba su mente curiosa, su leve acento del campo, la inmensa fuerza de sus manos, los giros y virajes imprevisibles de su conversación, su amabilidad con ella y el modo en que sus tenues ojos castaños, descansando en ella mientras hablaba, le hacían sentirse envuelta en una amistosa nube de amor. A los veintidós años no dudaba de que quería pasar el resto de su vida con Edward Mayhew. ¿Cómo podría arriesgarse a perderle?

No había nadie a quien decírselo. Ruth, la hermana de Florence, era demasiado joven, y su madre, absolutamente maravillosa a su manera, era demasiado intelectual y quebradiza, una literata anticuada. Cada vez que afrontaba un problema íntimo, tendía a adoptar la actitud pública de una sala de conferencias y a emplear palabras cada vez más largas y a hacer referencias a libros que ella pensaba que todo el mundo debería haber leído. Sólo cuando el asunto formaba un envoltorio bien atado y seguro se relajaba hasta la afabilidad, aunque era raro, e incluso entonces no se sabía qué consejo estaba impartiendo. Florence tenía algunas amigas del colegio y el conservatorio que planteaban el problema opuesto: les encantaban las intimidades y las deleitaban los problemas ajenos. Todas se conocían y esta-

ban demasiado ávidas de sus llamadas telefónicas y cartas mutuas. No podía confiarles un secreto, pero no se lo reprochaba porque ella misma pertenecía a aquel grupo. Ella tampoco habría confiado en ella misma. Estaba sola ante un problema que no sabía cómo abordar, y la única orientación de que disponía era la guía en rústica. En sus tapas de un rojo chillón había dos figuras risueñas cogidas de la mano, delgadas como palillos y con los ojos saltones, torpemente dibujadas con tiza blanca, como por la mano de un niño inocente.

Comieron el melón en menos de dos minutos mientras los mozos, en lugar de esperar en el pasillo, se quedaron de pie al fondo, cerca de la puerta, toqueteándose la pajarita y el cuello apretado y jugueteando con los puños. La expresión de su cara no cambió mientras observaban cómo Edward ofrecía a Florence, con un floreo irónico, la cereza glaseada.<sup>[1]</sup> Pícaramente, ella la succionó de los dedos de Edward y le sostuvo la mirada mientras la masticaba despaciosamente, dejándole ver la lengua, consciente de que al coquetear con él de aquel modo se lo estaba poniendo más difícil a sí misma. No debía iniciar lo que no podría seguir, pero era una ayuda complacer a Edward de todas las formas posibles: no se sentía del todo una completa inútil. Ojalá comer una cereza pegajosa fuera lo único que había que hacer.<sup>[2]</sup>

Para mostrar que no le turbaba la presencia de los camareros, aunque estaba deseando que se fueran, Edward sonrió al recostarse de nuevo con el vino y llamó por encima del hombro:

—¿No hay más de éstas?

—No, ninguna, señor. Lo siento.

Pero la mano que sostenía la copa de vino tembló al esforzarse en contener su dicha súbita, su exaltación. Floren-

ce parecía brillar delante de él, y era encantadora, hermosa, sensual, talentosa y de una bondad increíble.

El chico que había hablado se adelantó para retirar cosas de la mesa. Su colega estaba en el pasillo, junto a la puerta, sirviendo el asado en los platos. No era posible introducir el carro con ruedas en la suite nupcial para servir directamente de él, debido a una diferencia de nivel de dos escalones entre la habitación y el pasillo, a consecuencia de una mala planificación cuando la alquería isabelina fue «georgianizada» a mediados del siglo XVIII.

La pareja se quedó un momento a solas, aunque oían las cucharas que rascaban los platos y a los mozos hablando junto a la puerta abierta. Edward posó la mano sobre la de Florence y dijo en un susurro, por centésima vez aquel día: «Te quiero», y ella le dijo a él lo mismo, y lo dijo de verdad.

Edward se había licenciado en historia en el University College de Londres. En apenas tres años estudió guerras, rebeliones, hambrunas, pestes, la ascensión y caída de imperios, revoluciones que habían consumido a sus hijos, penurias agrícolas, miseria industrial, la crueldad de las élites dirigentes: un desfile vistoso de opresión, desdicha y esperanzas fallidas. Comprendía cuán constreñidas y exiguas podían ser las vidas, una generación tras otra. En la visión grandiosa de las cosas, los tiempos pacíficos y prósperos que Inglaterra estaba viviendo ahora eran insólitos, y dentro de ellos la alegría de Edward y Florence era excepcional y hasta única. En el último año había hecho un estudio especial de la teoría histórica del «gran hombre»: ¿realmente estaba pasado de moda creer que individuos enérgicos forjaban el destino nacional? Su tutor, desde luego, lo pensaba: en su opinión, fuerzas ineluctables impulsaban la Historia con mayúsculas hacia fines necesarios, inevitables, y pronto este tema se estudiaría como una ciencia. Pero las vidas que Edward examinó al dedillo —las de César, Carlomagno, Federico II, Catalina la Grande, Nelson y Napoleón

— más bien indicaban lo contrario. Edward había argumentado que una personalidad implacable, un oportunismo y una buena suerte manifiestos podían desviar el destino de millones de personas, una conclusión descarriada que le valió un aprobado y que casi puso en peligro su licenciatura.

Un descubrimiento casual fue que incluso los éxitos legendarios deparaban escasa felicidad, tan sólo una inquietud redoblada, una ambición corrosiva. Aquella mañana, mientras se vestía para la boda (frac, chistera, un profuso asperjado de colonia), había decidido que ninguna de las figuras de su lista podía haber conocido el mismo tipo de satisfacción que él. Su euforia era en sí misma una forma de grandeza. Hete aquí a un hombre gloriosamente realizado, o casi. A los veintidós años ya los había eclipsado a todos.

Ahora miraba a su mujer, miraba las motas intrincadas en sus ojos avellana, aquellos blancos oculares puros, punteados por un destello del más leve azul lechoso. Las pestañas eran gruesas y oscuras, como las de un niño, y también había algo infantil en la solemnidad de su cara en reposo. Era una cara preciosa, con una expresión esculpida que a una luz determinada recordaba a una india norteamericana, una *squaw* linajuda. Tenía la mandíbula fuerte y la sonrisa, amplia y sin doblez, le llegaba hasta los pliegues en los rabillos de los ojos. Era de huesos grandes: algunas matronas habían hecho en la boda comentarios entendidos sobre sus caderas generosas. Sus pechos, que Edward había tocado y hasta besado, aunque nunca lo bastante, eran pequeños. Sus manos de violinista eran pálidas y poderosas, al igual que sus brazos largos; en su época de deportes escolares lanzaba con habilidad la jabalina.

A Edward nunca le había interesado la música clásica, pero ya estaba aprendiendo su jerga tan vivaz: *legato*, *pizzicato*, *con brio*. Poco a poco, a fuerza de repetición, empezaba a reconocer y hasta apreciar algunas piezas. Le conmovía en especial una que ella tocaba con sus amigas.

Cuando practicaba en casa sus escalas y arpeggios, llevaba una cinta en el pelo, un rasgo enternecedor que a él le hacía soñar con la hija que quizá tuvieran algún día. Florence tocaba de una forma sinuosa y precisa, y era famosa por la riqueza de su registro. Un tutor decía que nunca había conocido a una alumna que extrajera un canto más cálido de una cuerda abierta. Cuando estaba delante del atril en la sala de ensayos de Londres, o en su habitación de Oxford, en casa de sus padres, mientras Edward, tendido en la cama, la miraba y la deseaba, ella tenía una postura grácil, la espalda recta y la cabeza erguida orgullosamente, y leía la partitura con una expresión imperiosa, casi altiva, que a él le excitaba. Aquella expresión contenía una gran certeza, un gran conocimiento del camino hacia el placer.

Cuando se trataba de música, nunca perdía el aplomo ni la fluidez de sus movimientos: frotar con colofonia un arco, cambiar una cuerda a su instrumento, reorganizar la habitación a fin de acomodar a sus tres amigos de la facultad para el cuarteto de cuerda que constituía su pasión. Era la líder indiscutida y siempre decía la última palabra en sus numerosas discrepancias musicales. Pero en el resto de su vida era sorprendentemente torpe e insegura, se golpeaba una y otra vez un dedo del pie, derribaba cosas o se daba un coscorrón en la cabeza. Los dedos que sabían ejecutar una doble cuerda en una variación de Bach eran igualmente diestros para volcar una taza de té llena sobre un mantel de lino o para dejar caer un vaso sobre un suelo de piedra. Daba un traspié si creía que alguien la estaba observando: a Edward le confesó que le resultaba un calvario caminar por la calle al encuentro de una amiga situada a cierta distancia. Y cada vez que estaba inquieta o muy cohibida, levantaba la mano repetidamente hacia la frente para apartar un mechón imaginario, con un ademán suave y oscilante que continuaba mucho después de que se hubiese desvanecido la causa del estrés.

¿Cómo podría él no amar a una mujer tan singular y cálidamente especial, tan dolorosamente sincera y consciente de sí misma, una mujer cuyos pensamientos y emociones se veían todos a simple vista, ondeando como partículas cargadas a través de sus gestos y expresiones cambiantes? Incluso sin su belleza corpulenta no habría podido evitar amarla. Y ella le amaba con igual intensidad, con aquella atroz reticencia física. A Edward no sólo se le despertaban las pasiones, exacerbadas por la falta de un desahogo apropiado, sino también sus instintos protectores. Pero ¿de verdad era ella tan vulnerable? Una vez había fisgado en la carpeta de las notas escolares de Florence y había visto los resultados de los tests de inteligencia: ciento cincuenta y dos, diecisiete por encima de la puntuación de él. En aquella época, se consideraba que estos coeficientes medían algo tan tangible como la altura o el peso. Cuando se sentaba a presenciar un ensayo del cuarteto y ella tenía una diferencia de opinión sobre un fraseo, un tempo, una dinámica con Charles, el chelista rechoncho y obstinado en cuya cara brillaba un acné de aparición tardía, a Edward le intrigaba lo fría que podía ser Florence. No discutía, escuchaba con calma y después anunciaba su decisión. Ni rastro entonces del ademán de apartarse un mechón. Conocía su materia y estaba resuelta a dirigir, como debe hacerlo el primer violín. Parecía capaz de conseguir que su padre, bastante atemorador, hiciera lo que ella quería. Muchos meses antes de la boda, el padre, a instancia de ella, había ofrecido un empleo a Edward. Era otro cantar que él lo quisiera realmente o que se atreviera a rechazarlo. Y ella sabía exactamente, en virtud de una osmosis femenina, lo que necesitaba aquella celebración, desde el tamaño de la carpa a la cantidad de tarta, y la suma que era razonable esperar que pagara su padre.